La Ciencia, motor de progreso

Ángel Ferrández Izquierdo

Merece la pena hablar de la Ciencia y de sus aplicaciones. Porque hablar de Ciencia es hablar de Biología, de Física, de Geología, de Matemática y de Química. Es, además, reflexionar responsablemente sobre el futuro, con el fin de pasar a la acción y con la esperanza de que no sea demasiado tarde. Pues, en definitiva, las cinco ramas del árbol de la Ciencia, en sana armonía, sólo tienen sentido si se ponen al servicio de los ciudadanos en aras de procurar su bienestar. Aunque parezca muy simplista recordarlo, y con relación a la salud -como una de las grandes aspiraciones del ser humano- la tomografía axial computadorizada o por positrones, la resonancia magnética nuclear, la cirugía láser, la secuenciación del código genético, los fármacos de última generación, y tantas otras cosas, son meros ejemplos de esa necesaria conjunción científica. Siendo el ser humano el objetivo último, no se admiten fallos, por lo que la investigación básica y experimental previa es, sin duda, tanto o más importante que el producto final. Es obvio, pues, que la investigación básica debe ir treinta años por delante de la aplicada. O dicho en versión comercial, la inversión en investigación es de futuro; o como se suele decir ahora, es de riesgo. Ahora bien, es una inversión a largo plazo con rentabilidad fija, sólo propia de inversores inteligentes, como lo prueban las sociedades que lideran el siglo que se nos ha ido y el que acaba de nacer.

La realidad evidente es que la investigación es el motor del progreso, que se manifiesta, principalmente, en la creación de empresas de fuerte base tecnológica y de puestos de trabajo de alta cualificación. El colectivo científico, comprometido con la realidad social presente, demanda acciones que permitan planificar un desarrollo en armonía con los recursos de partida y los objetivos a conseguir. Esta región, que anda sobrada en la producción de Ciencia de calidad, debe sacarle el rendimiento necesario para entrar en el mercado de bienes y servicios y generar valor añadido, tanto en productos como en mano de obra especializada. Sólo así se sentarán las bases sólidas para el ansiado desarrollo.

No hay que perder el tiempo en inventar la fórmula, pues es de sobra conocida y da resultados, así que se debe actuar a la japonesa: copiar mejorando. Unos pocos, pero significativos, ejemplos nos pondrán sobre la pista.

El Departamento de Industria del País Vasco ha impulsado el nacimiento de la empresa Biogune, que alberga bajo un mismo techo a seis empresas, que desarrollan productos y buscan dianas terapéuticas mediante ingeniería biotecnológica, y un centro de investigación cooperativa (CIC Biogune), dedicado a las biociencias. Biogune participa en el proyecto internacional HUPO (Human Proteome Organisation), segunda fase del Proyecto Genoma Humano, encargada de la secuenciación de proteínas.

El Parque Científico de Madrid se ha erigido como una de las principales estructuras de apoyo y colaboración científica gracias a los centros de Genómica y Proteómica.

El Parque Tecnológico de Ciencias de la Salud de Granada, con un presupuesto de más de 180 millones de euros, desarrollará un tejido empresarial especializado en áreas como la tecnología sanitaria, la alimentación o la investigación biofarmacéutica.

El caso de Cataluña, como suele ser habitual –con centros como los Parques de Recerca Biomèdica y Científic de Barcelona, el Institut d'Investigacions Biomèdiques August Pi i Sunyer y otras iniciativas emergentes en Vall d'Hebron y la Universitat Autònoma de Barcelona- merece mención aparte.

En todos los casos, el dinero busca el cobijo de una probada y eficaz colaboración entre universidades y centros de investigación de excelencia.

La Región de Murcia, que es y seguirá siendo objetivo 1 (léase pobre), ha puesto toda su esperanza en el Plan Regional de Ciencia y Tecnología 2003-06. Hemos empezado, como siempre, tarde y tímidamente, sobre todo porque la jubilación de este plan coincidirá con la lozanía de los tigres del Báltico. Se asegura que el plan “moverá” 850 millones de euros, pero tal ambigüedad es poco tranquilizadora. Si, como parece, el dinero existe, habrá que procurarle la necesaria confianza para que pierda su tradicional cobardía y fluya.

Ángel Ferrández Izquierdo es
Presidente de la Academia de Ciencias
de la Región de Murcia